

LA HIJA DE JAIRO

Ana Muncharaz Rossi

La hija de Jairo



Ciudad Nueva

Coleccion
*Novela
Histórica*

1ª edición: junio 2022

© Ana Muncharaz Rossi

© 2022, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.es

Edición: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico:
Antonio Santos

Imagen de cubierta:
Vasily D. Polenov, *Resurrección de la hija de Jairo* (1871).
Academia Rusa de Bellas Artes, San Petersburgo

ISBN: 978-84-9715-532-8

Depósito Legal: M-15.524-2022

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Afanias Industrias Gráficas - Alorcón (Madrid)

*Para mi abuela Ángela, mi tía Adela y Ana, mi madre.
De generación en generación.*

PREFACIO

ROMA

MEDIADOS DE SEPTIEMBRE DEL AÑO 70

Hoy me he despertado muy de mañana para ir a la fuente a por agua. ¡Menos mal que ya ha pasado el verano y comienza a refrescar, porque esta ciudad es insoportable durante la canícula!

Bajo las escaleras hasta el patio y sigo por el pórtico hacia la salida. Vivo en una *insulae* de tres pisos, un edificio enorme, en el Aventino. Salgo por el portal, camino frente a la carnicería y la taberna y llego hasta la plaza donde está la fuente. Ya hay mujeres esperando, formando una fila en la que se oyen risas y murmullos, los cotilleos de siempre.

Las calles se van llenando de gente. Este es el mes en el que se celebran los juegos, y el circo está muy cerca de mi casa. No entiendo a estos romanos y su afición por las carreras de caballos y las luchas entre hombres. Dicen que Vespasiano, el emperador, ha mandado construir un anfiteatro enorme, que llaman Coliseo, para acoger esos juegos infernales.

Mientras aguardo a que llegue mi turno, veo que grupos de hombres avanzan corriendo, lanzando al aire alaridos de júbilo, y oigo unas palabras que me hielan la sangre: «¡Por fin han destruido el templo de esos malditos judíos! Jerusalén ha caído. ¡Viva Tito, el hijo del emperador!».

Siento un ramalazo de angustia y comienzo a ponerme nerviosa; me dan ganas de volver a casa corriendo, pero necesito el agua y espero. Por fin llego hasta la fuente. Oigo el sonido del agua mientras llena mi cántaro.

–¡Judit! –Es Elvia, una de mis vecinas. Avanza de prisa hacia mí–. Te has enterado, ¿verdad? Lo siento –me dice. Su rostro muestra preocupación y una pena sincera–. Sé lo que el templo significaba para vosotros, y también Jerusalén, la ciudad santa.

Elvia es joven, guapa, está recién casada y espera a su primer hijo. Yo, que ya soy vieja y viuda, disfruto con su compañía. Las dos nos entendemos a pesar de la diferencia de edad, y ambas compartimos una verdad grande y hermosa. Somos seguidoras de Cristo, el Ungido; Jesús, el maestro, el Hijo de Dios.

Me roba el cántaro de las manos y se lo coloca en la cintura. Yo la tomo del brazo. Me acompaña hasta la puerta de casa y espera a que entre, pero no cruza el umbral. A pesar de ser tan de mañana, me encuentro cansada y tengo que sentarme en una silla.

¡Claro que me duele que Jerusalén haya caído! Era el orgullo de mi pueblo, y entre sus muros y alrededor de ellos sucedieron los momentos más tremendos e importantes de mi vida. ¡Cómo no voy a sentir la destrucción del templo! Sé que los míos están desolados porque su tierra ha sido devastada y han execrado sus altares. Y no puedo menos que imaginar a tantas mujeres mesándose los cabellos, a tantos hombres rasgándose las vestiduras. Y a esos miles de jóvenes muertos y los alaridos y los llantos de quienes ahora se sienten abandonados.

Entonces unas palabras invaden mi mente, y veo un rostro de mujer, y a lo lejos oigo los gritos de mi padre y los pasos apresurados de uno de nuestros criados avanzando hacia mí. Me agarra del brazo para apartarme de ella, y su cara se difumina, aunque no su sonrisa ni esas frases que en este momento regresan a mi corazón: «Llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. [...] llega la hora, y es esta, en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad»¹.

Y, de repente, soy de nuevo esa jovencita, la misma que las escuchó de viva voz. La que, de camino a la ciudad santa, se cruzó con una samaritana. La que conoció a una mujer sanada de flujos de sangre. A quien le contaron la historia de una viuda que había recuperado a su hijo y la de una gentil cuya hija, que tenía dos cachorritos de perro, fue curada de su enfermedad. Quien habló, primero a escondidas y después abiertamente, con mujeres pecadoras. La que rio y lloró con las dos hermanas de un hombre muy delgado y algo raro llamado Lázaro. Quien una vez se enfadó con una mujer de Magdala. A quien María contó la historia de una vieja profetisa y la de su pariente Isabel; a quien María enseñó tantas y tantas cosas.

Sí. Vuelvo a ser esa niña, la que vivió en Cafarnaúm, una pequeña ciudad frente al mar de Galilea. Mi padre se llamaba Jairo, y Jesús el nazareno me devolvió a la vida e hizo que naciese de nuevo.

¹ Las citas del Antiguo Testamento y los Evangelios las he tomado de: *Biblia de Navarra*, Ediciones Universidad de Navarra, S.A., Pamplona, 2008, 2009; y *Sagrada Biblia*, Conferencia Episcopal Española, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2011.

